
La Integración de la Fe y la Enseñanza en el Aula Universitaria

Parte I Descubrimientos de un profesor

Bill Walthall

Aquella era la clase de experiencia que ningún profesor adventista quisiera tener. Uno de mis alumnos, brillante, buen cristiano, sentado del otro lado de mi escritorio, me confesaba, un tanto frustrado: “Siento como que la parte académica está destruyendo mi vida espiritual”.

Y mientras yo, incómodo, me movía en la silla, él explicaba: “Estoy tan concentrado en mis estudios, que no tengo tiempo para Cristo. Existe en mí el yo cristiano y el del estudiante; y el yo cristiano está perdiendo la batalla”. Si hubiera estado enseñando en una universidad pública, hubiera anticipado su dificultad. Pero como profesor adventista, en una institución adventista, quedé perplejo. Hubiera podido terminar fácilmente con el tema persuadiéndolo de que el suyo era un problema de “prioridades”. Pero tanto yo como mis colegas sabíamos muy

bien que por nuestro afán de alcanzar la excelencia académica habíamos pasado por alto nuestro objetivo esencial en la enseñanza: la educación cristiana de un modo cristiano. De pronto, nos dábamos cuenta de que habíamos separado nuestra vida cristiana de nuestra vida académica. ¿Y el resultado? Nuestros alumnos estaban aprendiendo de nosotros que estos dos aspectos de *sus* vidas eran independientes.

También he decidido que mis alumnos tengan fácil acceso a mi oficina y se sientan libres de venir a verme y expresarse sin reservas.

Desde entonces, decidí integrar la enseñanza de la materia que dictaba con la fe que tenía. Y por medio de este breve artículo quisiera compartir algunas de las cosas que aprendí al tratar de hacerlo. La mayoría de lo que descubrí fue a base de experimento. Aunque se ha teorizado mucho acerca del tema, las ayudas prácticas se las encuentra en las materias profesionales, es decir, están más allá de la educación básica. Quizá este artículo sirva de estímulo para que nuestros colegas desarrollen sus propios métodos y los compartan con los demás.

Ambiente del aula y contenido del curso

Los descubrimientos que hice, que me resultaron de más ayuda, se podrían dividir en dos categorías: el ambiente del aula (la impresión, el tono) y el contenido del curso. En este breve artículo trataremos de la primera, la más fácil de implementar; y en la Parte II trataré la segunda, la más difícil, que trata de la integración del contenido de la materia a enseñar con la fe, pero que, por lo menos en mi caso, dio resultados muy satisfactorios.

Bill Walthall era un instructor en el Departamento de Fisioterapia de la Universidad de Loma Linda, Loma Linda, California, cuando escribió este artículo.

Al notar mi falla como profesor cristiano, adventista, me decidí que mis alumnos recibirían más que una acumulación de datos. No sólo les enseñaría la materia sino que, además, los trataría como un pastor tiende a sus ovejas, como un ministro cuida de su feligresía.

¿Qué implicaba esto? Simplemente que yo tenía interés en ellos y consideraba que cada uno de ellos era una persona importante para mí. No hay duda que esta actitud afecta la del alumno con respecto al aprendizaje.

He aquí algunos ejemplos de lo que traté de hacer:

1. Entrada. Cuando entro en la clase, digo: “Me alegro de estar aquí, y me alegro de que ustedes estén aquí”. A veces lo digo explícitamente, otras, por medio de mi expresión, de mi sonrisa, de un contacto visual, sosteniendo una breve conversación con alguno de mis alumnos, mostrando que estoy cómodo en mi situación, y a la vez que soy entusiasta. Me visto de manera profesional, que, en mi caso, es usar corbata y chaqueta de laboratorio, y trato de ser siempre puntual. Me aseguro de que domino el tema de la lección del día y les hago saber que estoy listo para contestar sus preguntas.

A veces, esa entrada entusiasta implica un verdadero desgaste de energía. En ciertas ocasiones requiere una taza previa de alguna bebida caliente o un masaje de hielo en la frente. Si no he orado antes en forma silenciosa, lo hago delante de la clase. No se trata de un gesto supersticioso sino que creo sinceramente que el Espíritu Santo comienza a trabajar en mi mente y en la de los alumnos cuando nos sintonizamos con él.

¿Qué significa una entrada de este tipo? Transmite la idea de que “yo me preocupo por ustedes, ustedes son importantes para mí. Me gusta ser su profesor”, lo cual, a su vez, afecta positivamente la actitud de los estudiantes hacia la materia.

2. Conocer los nombres. Al llamar a los alumnos por su propio nombre, el profesor estimula su autoestima. Por esa razón me esforcé en forma especial por saber cómo preferían ser identificados. Y el esfuerzo valió la pena. Recuerdo el caso de una joven a quien todos llamaban Chela. Yo averigué cuál era su verdadero nombre

La injusticia provoca enojo, disminuye la confianza y destruye en el alumno el deseo de integrar la fe y la educación.

y desde entonces la llamé por su nombre: Choi- King. Cuando se graduó, me agradeció profundamente porque había sido la única persona en todo el colegio en llamarla por su verdadero nombre. ¿Por qué es tan importante

aprender el nombre de los alumnos? Porque, en cierto modo, equivale a decirles: “Tú no eres sólo un número o una nota para mí. Eres una persona. Y no una persona cualquiera. Eres José, (o María). Te respetamos por ser quien eres”.

3. Cumpleaños. Pareciera algo insignificante, pero no lo es. Yo suelo repasar la lista de mis alumnos y mencionar el cumpleaños del día. A veces ellos mismos traen golosinas para compartir. Creo que cuanto más nos parezcamos a una familia, mejor. También preparo una tarjeta, que equivale a decir: “Tú eres especial y lo reconozco”. Los alumnos agradecen estas pequeñas atenciones de parte de sus profesores.

4. Visitas. También he decidido que mis alumnos tengan fácil acceso a mi oficina y se sientan libres de venir a



verme y expresarse sin reservas, aun cuando estén enojados o incómodos por alguna situación. Creo que al facilitar el intercambio se puede romper la barrera que muchos profesores tienden a erigir entre sí y sus alumnos. Me propongo a ser no sólo un profesor, sino servirles de amigo, consejero o aun colaborador de ellos.

Por supuesto, eso también abarca las visitas —no necesariamente en el hogar o internado, sino en el patio de recreos o en el aula de clase—. Vale la pena encontrarse con los alumnos y conversar en forma casual con ellos.

A veces invito a un alumno a que me visite en la oficina para analizar juntos su situación. Aunque tratemos el tema académico, estos encuentros pueden convertirse en forma natural en conversaciones de corazón a corazón o en sesiones de aconsejamiento. De paso, tales relaciones con los alumnos nunca han interferido con sus notas, ¡todo lo contrario!

5. Pedidos de oración. Al principio, cuando invitaba a mis alumnos a que presentaran algún pedido para el momento de la oración, el plan resultó en un fracaso. Ellos sabían que yo los apreciaba y que a menudo oraba personalmente por ellos, pero era evidente que no se sentían cómodos cuando yo les pedía que hicieran sus pedidos por escrito. Entonces cambié de método. Les hago dividir una hoja de papel en blanco en dos partes. En una parte les pido que escriban una lista anónima de lo que más desean de la clase. En la otra parte les pido que escriban cualquier necesidad específica que tengan en su vida por la cual quisieran que yo orara. La respuesta ha sido extraordinaria y me permite conocer más profundamente las necesidades, preocupaciones y problemas de mis alumnos. De vez en cuando les envío una breve nota para hacerles saber que todavía estoy orando por ellos y me preocupo por lo que han pedido, lo que naturalmente lleva a un aconsejamiento efectivo.

6. Devoción. A mí no me agrada, y lo mismo sucede con mis alumnos, el término *devoción*. Pareciera un tanto fuera de lugar insertarlo con lo académico. En su lugar, realizo una actividad similar que yo llamo “el recreo del hemisferio derecho del cerebro” (refiriéndome a la parte derecha del cerebro.) Durante esta

Como las notas significan tanto para los alumnos, trato de elogiar o animar lo más posible.

actividad, que generalmente sitúo al principio de la clase, trato acerca de una necesidad particular que los alumnos puedan tener. Por ejemplo, el poner las notas en la debida perspectiva en la vida, el temor del fracaso académico, el equilibrio entre la vida social y la académica, la integración de la filosofía cristiana en la experiencia educativa, la selección del compañero/a de la vida, cómo dominar el estrés, la importancia de la salud y el ejercicio y otros temas de este tenor. Estas sesiones raramente duran más de cinco minutos, y no las enfoco de una manera rutinaria sino variada.

7. Notas. Con respecto a este tema, mi norma de conducta es la siguiente: Proteger a los que no están logrando mucho, alabar a los que están logrando mucho o que están mejorando. Trato por todos los medios de aconsejar a los que están fallando en la materia, o no logran sacar notas altas, para que las mejoren en lo posible y para que no les afecte en su autoestima. Considero que es importante que los estudiantes que están por debajo del promedio vean en mí a un profesor de principios elevados, y no a uno que los castiga con las notas. Debo ser honesto y realista al clasificarlos, pero no carecer de simpatía hacia ellos. Quiero que ellos sientan que pueden recibir orientación de mi parte y orar conmigo en cualquier momento que lo necesiten, a pesar de sus notas.

Otras ideas acerca de las notas: evito el uso del rojo. Aunque pareciera que se lo distingue mejor, puede provocar sentimientos negativos en el estudiante. Prefiro usar el azul o el verde.

También tengo cuidado acerca del lugar en que coloco la nota, para proteger a mis alumnos de la curiosidad de sus compañeros de clase.

Afortunadamente, la institución donde enseño asegura la privacidad de los estudiantes con un buen sistema de clasificación numérica.

Como las notas significan tanto para los estudiantes, trato de elogiar y animar lo más posible. Para ello compro unos blocs de hojas pequeñas con alguna decoración en una librería cristiana local, que uso para escribir mis comentarios de alabanza o de ánimo. A ellos les agrada recibir las ¡y a mí sus respuestas!

8. Modales. He descubierto que el tratar a los alumnos como adultos nos ayuda en nuestras relaciones mutuas. ¡Es que son adultos! Es verdad que muchos todavía tienen cosas de adolescentes, pero al tratarlos como adultos pareciera reconocer y animarlos a actuar como tales. Trato de no interrumpirlos cuando hablan y de no referirme a ellos como superior. Además, he aprendido a decir: “Lo siento”, “Me he equivocado”, etc. cuando es necesario. Trato de no ofenderme cuando se me desafía, de consultarlos en el caso de tener que cambiar la fecha de un examen o lo que fuera, de observar religiosamente los recreos y el fin de la clase, y de reírme cuando soy motivo de un chiste.

Y considero que el ser justo es muy importante. La injusticia provoca enojo, disminuye la confianza y destruye en el alumno el deseo de integrar la fe y la educación.

Estas son algunas de las maneras en que puedo hacer que la experiencia de la educación sea una experiencia de fe. Nuestro modelo perfecto es Jesús. Su ministerio de cuidado fue mucho más allá que su ministerio de enseñanza. El enseñaba y ministraba las necesidades diarias de sus oyentes.

Nunca podré representar el papel de un salvador. ¡Créanme, los alumnos no lo permitirían! Pero puedo ejercer un ministerio a través de mi enseñanza. Esa actitud de mi parte provee una excelente base para la integración de la fe y la enseñanza en el aula.